

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 40 (2013)
Heft: 3

Artikel: Un hogar lleno de añoranza de tierras lejanas
Autor: Lettau, Marc
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-908430>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 05.02.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Un hogar lleno de añoranza de tierras lejanas

El suizo Karl Fürchtegott Grob se fue en 1869 a Sumatra, dejó que miles sudaran en sus plantaciones y en pocos años amasó una inmensa fortuna. La mansión que construyó en Zúrich a su vuelta es un rebosante baúl de los tesoros de irritante opulencia muy poco suiza. Ahora, el suntuoso hogar de este controvertido suizo del extranjero será la nueva insignia de la Protección del Patrimonio Suizo.

Por Marc Lettau



El parque y la villa «Patumbah» en la Zollikerstrasse de Zúrich

A veces cuesta no quedar embelesado. La villa «Patumbah» en Zúrich, por ejemplo, asombra hasta a los más objetivos, y es que esta mansión edificada entre 1883 y 1885 en el barrio de Riesbach es un extraordinario baúl arquitectónico de los tesoros. A primera vista, la villa, con su espléndido parque, parece un palacio meridional, pero al entrar a la galería que conduce a la mansión, uno se encuentra súbitamente transportado a lejanos parajes de ensueño: el baldaquino pintado habla el lenguaje formal y de los colores de Sumatra. Los siguientes pasos conducen al núcleo del colorido mundo del modernismo – claro que sólo por un brevísimo intervalo de tiempo, porque, enseguida, la vista se fija en las tres pesadas puertas que conducen a los representativos aposentos de la zona noble.

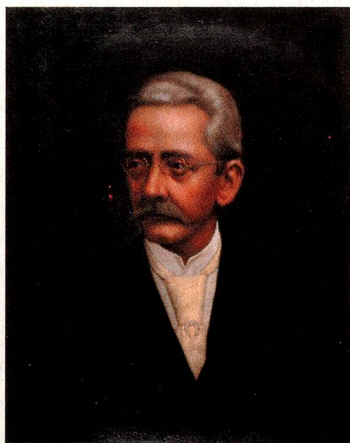
Quien elija la puerta de la izquierda, entrará a la «estancia del Señor» – y hará un viaje en el tiempo, retrocediendo al apogeo del Renacimiento. La marquetería es artificiosa, el artesonado obedece a un estricto lenguaje formal. Quien elija la puerta de la derecha, se topará

en cambio con el azucarado mundo celestrosa del rococó: estamos en la «estancia de la Señora» con su desenfado transformado en arquitectura. Del techo penden ángeles de diversa corpulencia, flanqueados por molduras de estuco con arabescos. Entre la estancia del Señor y la de la Señora está el salón, totalmente decorado en madera de nogal oscura: aquí, los

visitantes son obsequiados con la majestuosa gravedad del gótico. Quien se sienta aquí a la mesa, lo hace en realidad en una sala de ceremonias.

Quien sube la escalera que conduce a la planta superior, se aproxima al cénit de la opulencia. Al modernismo, el renacimiento, el rococó y el gótico sigue aquí una exótica riqueza de colorido, una sala de dos pisos hasta debajo del tejado, con balastradas y pilares coloreados. Personajes de fábulas de Extremo Oriente – dragones de la suerte – decoran la cúpula de cristal, que deja entrar la luz del día en la sala. En el suelo de la sala hay una gran lente redonda de cristal empotrada, para que la luz se cuele por el tejado de cristal del dragón de la suerte, que es reflejada por la lente hacia la zona noble de la parte inferior, para prestar aún más esplendor a la reinante suntuosidad.

¿Se trata entonces de un variopinto revoltijo colonial? ¿O de la ostentación de riqueza de una persona sumamente próspera? ¿O de gran arquitectura? La crítica arquitectónica actual se inclina por éste último juicio, porque aquí,



Karl Fürchtegott Grob

en muy poco espacio, se han combinado magistralmente los más diversos estilos y el resultado es un conjunto armonioso.

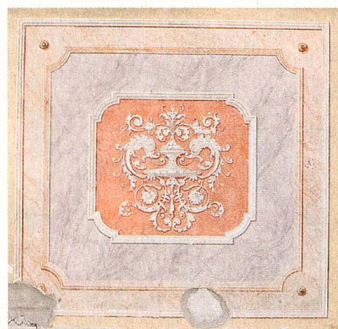
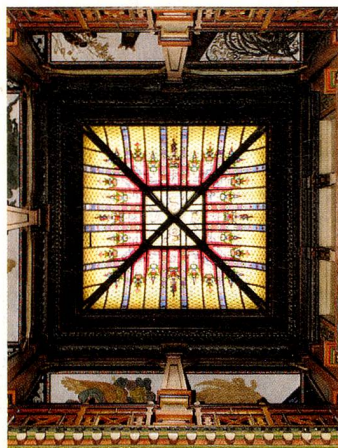
Fürchtegott no temía a nadie

Lo que está claro es que en Riesbach no se escatimó nada. Fue Karl Fürchtegott Grob (1832-1893) quien la mandó construir, el aventurero hijo de un panadero del Niederdorf de Zúrich, que se fue atraído por las riquezas que prometía la colonia holandesa de Sumatra. Se embarcó en 1869 con su socio Hermann Näher rumbo a Sumatra, y primero probó fortuna cultivando nuez moscada, pero pronto cambió al cultivo de tabaco, donde era fácil ganar dinero. Cinco años después de llegar, «Näher und Grob» ya tenían 25.000 hectáreas de terreno. El trabajo era duro. Para las plantaciones se talaron selvas tropicales. Los agricultores nativos anteriormente expropiados, «de facto» por la colonización no querían trabajar en las plantaciones, así que «Näher und Grob» empleaban mano de obra importada. En torno a 1875, estos dos cultivadores de tabaco suizos tenían 2500 trabajadores chinos y 1800 de Java e India.

De los hombres de negocios occidentales, Grob era más bien uno de los aventureros afortunados, dice el historiador Andreas Zangger, que disertaba sobre las obras de los suizos en Sumatra, y al hacerlo dejaba claro que aunque Suiza no tenía colonias, se estaba formando una especie de colonialismo suizo. Grob tuvo la suerte de pillar el momento más oportuno, dice Zangger: «Más que todos los demás suizos, Grob se benefició del boom del tabaco en Sumatra. Empezó muy pronto y ganó mucho dinero rápidamente, mientras otros perdieron mucho». El aventurero afortunado regresó a Suiza apenas diez años después. Se marchó de Sumatra en 1880 – con cofres repletos. Y eligió muy bien la fecha de regreso, porque sólo tres años más tarde, la gigantesca erupción del volcán Krakatau destruyó vastas extensiones de Sumatra: 20 km cúbicos (20.000 millones de metros cúbicos) de cenizas y lava fueron catapultados a la atmósfera terrestre, decenas de miles perecieron en la lluvia de brasas y cenizas y en el tsunami causado por la erupción volcánica.

De vuelta en Zúrich

De vuelta en Zúrich, Grob se casó con Anna Dorothea Zundel, mucho más joven que él, buscó un buen terreno con vistas al lago de Zúrich, contrató a los dos famosos constructores de villas Alfred Chiodera y Theophil Tschudi y se construyó su grandioso hogar. Para ello



apenas puso límites a los arquitectos y puso a su disposición medios casi ilimitados.

Las pretensiones de Grob iban mucho más allá de las arquitectónicas. Era un cosmopolita muy bien situado que había viajado mucho, y con su villa acuñó un concepto de patria muy extendido: tener patria es tener un hogar, raíces en un entorno familiar. Aquel hijo de un panadero que se había marchado a probar fortuna y había regresado como comerciante rico quería también crearse una nueva «patria» social, y con la construcción de su villa quiso acceder, como miembro, a los círculos de la clase más alta de la sociedad zuriquesa.

Pero en contraste con su firme voluntad, su villa de ensueño, caracterizada por un obvio despliegue de suntuosidad, era un hogar lleno de añoranza de tierras lejanas. Los grandes caracteres del nombre PATUMBAH bajo el tejado significan en malayo «tierra anhelada». Y es que Grob había vuelto a casa, pero probablemente sin curarse de su nostalgia. Sus anhelos acabaron ya a los ocho años de mudarse a la villa. En 1893, Grob falleció víctima de una enfermedad tropical arrastrada desde sus tiempos en Sumatra.

Un valor indiscutible

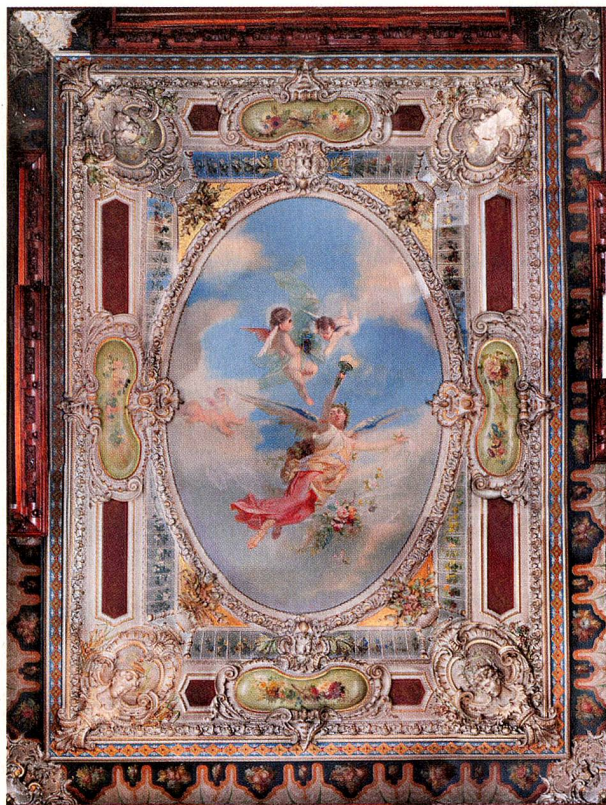
Un hombre se lanza a ver mundo, se hace rico, se contruye una fantástica mansión – y desde entonces todos se paran asombrados delante



de ella: si ésta fuera la historia de Grob y su mansión, sería más bien banal. Pero el hecho es que muchos de los valores de esa mansión vuelven a emerger ahora. La villa «Patumbah» es también un reflejo de la «pragmática» actitud de los suizos hacia todo lo especial. En 1930, la diacanía de Neumünster fundó en ella una residencia de ancianos – no uno policromado al estilo de Extremo Oriente, sino muy discreto y gris: Y para que los jubilados no se sintieran incómodos con demasiada policromía, frivolidad y opulencia, se pintaron de blanco la mayoría de las habitaciones interiores. Además, el desarrollo urbano acorraló a la villa. Hace tiempo que no tiene vistas al lago. «Patumbah» y su parque se fueron convirtiendo en la «tierra anhelada» de los especialistas en desarrollo inmobiliario, y la propia mansión se vio degradada a inmueble amenazado de derribo y objeto de luchas políticas y jurídicas durante años.

Centro de Protección del Patrimonio Suizo

Desde hace tres años se va descubriendo, capa tras capa, el arte blanqueado que se esconde en Villa Patumbah. Tras años de desatinos, la Fundación Patumbah logró salvar el inmueble y conseguir medios para conservarlo. Desde 2009 también está claro el uso que se le dará en el futuro a la villa renovada: la ins-



- Cúpula de cristal y pinturas en la fachada exterior
- Galería en la planta superior
- Ala de entrada
- Pintura en la «estancia de la Señora»

titución Protección del Patrimonio Suizo, fundada en 1905, alquila la villa «Patumbah» convirtiéndola en el único Centro de Protección del Patrimonio. En este centro, que abrirá en agosto, se pretende acercar a los visitantes a la arquitectura suiza, con una exposición interactiva y varias ofertas de mediación. Por así decirlo en representación de todos los monumentos valiosos de Suiza, este edificio debe avivar el debate sobre el modo en el que nuestro país se ocupa de su propio patrimonio arquitectónico. Para la Protección del Patrimonio, conseguir esta villa, con su cambiante historia, fue «un golpe de suerte», dice Karin Artho, historiadora del arte y directora del Centro de Protección del Patrimonio a punto de inaugurarse. Y es que «visitar la Villa 'Patumbah' también es muy provechoso para los que no se interesan especialmente por la protección del patrimonio». Y opina que no hay mejor «introducción».

Nuevas preocupaciones

La apertura de este centro va acompañada de una evolución que preocupa a los que protegen el patrimonio. «Hay que apoyar la transición energética pedida en todas partes, ipero no en detrimento de nuestro legado cultural!», afirma Karin Artho. Dicho de otra manera, los responsables de la protección del patrimonio temen que el abandono de la energía nu-

clear reduzca enormemente la barrera de inhibición a la hora de conservar monumentos. Según Artho, en muchos sitios ya no son tabú los paneles solares incluso en edificios históricos. Y añade que el legado arquitectónico de Suiza también se ve presionado por la «tendencia, en sí necesaria, de construir edificios más compactos». Lo que preocupa especialmente a Artho es la creciente presión ejercida para que no se renueven casas sino que se sustituyan por edificios con bajo consumo de energía. Por eso, para ella «Patumbah» es también un símbolo: «También han estado a punto de derribar esta mansión».

¿Entonces la protección del patrimonio quiere conservar los bastidores construidos en toda Suiza? Artho niega con la mano: «El patrimonio debe cambiar. Cada generación debe dejar su huella. Lo que se construye hoy debe hablar el lenguaje propio de hoy». Pero opina que el empeño de la protección del patrimonio es luchar por conservar lo que presenta cualidades especiales y tiene «carácter testimonial». A esta categoría pertenecen no sólo edificios históricos, sino muy a menudo edificios modernos: «También luchamos por lo que la mayoría todavía no considera valioso». Y añade que la protección medioambiental no tiene ningún interés en la mera conservación arquitectónica: «No tiene sentido salvar un edificio sin vida». En el caso de la villa «Pa-

tumbah» es la propia protección del patrimonio la que se encarga de darle vida.

¿El mayor dueño de esclavos de su tiempo?

¿Bien está lo que bien acaba? El nuevo esplendor de la villa «Patumbah» exige que se esclarezca más a fondo, a posteriori, el origen de la riqueza de Grob. En todo caso, está claro que el éxito de Grob no puede deberse únicamente a trabajar mucho. ¿Entonces fue un patrón despiadado? ¿Fue, para decirlo sin tapujos, uno de los mayores dueños de esclavos de su tiempo? Es indudable que también Grob trató sin contemplaciones a sus trabajadores en Sumatra. Más que como personas, los jornaleros chinos eran considerados máquinas. Pero sus coetáneos también caracterizaban a Grob como un hombre «generoso y enérgico, que sabía mucho». Por eso es posible que fuera un «explotador comedido». Al mismo tiempo se cuenta que la viuda de Grob, Anna Dorothea, regaló la villa «Patumbah» a la diacónía de Neumünster porque no podía soportar la idea de que su hogar hubiera sido pagado en parte con la sangre de los esclavos.

MARC LETTAU es redactor de «Panorama Suizo»

<http://www.heimatschutz.ch>
<http://www.stiftung-patumbah.ch/>